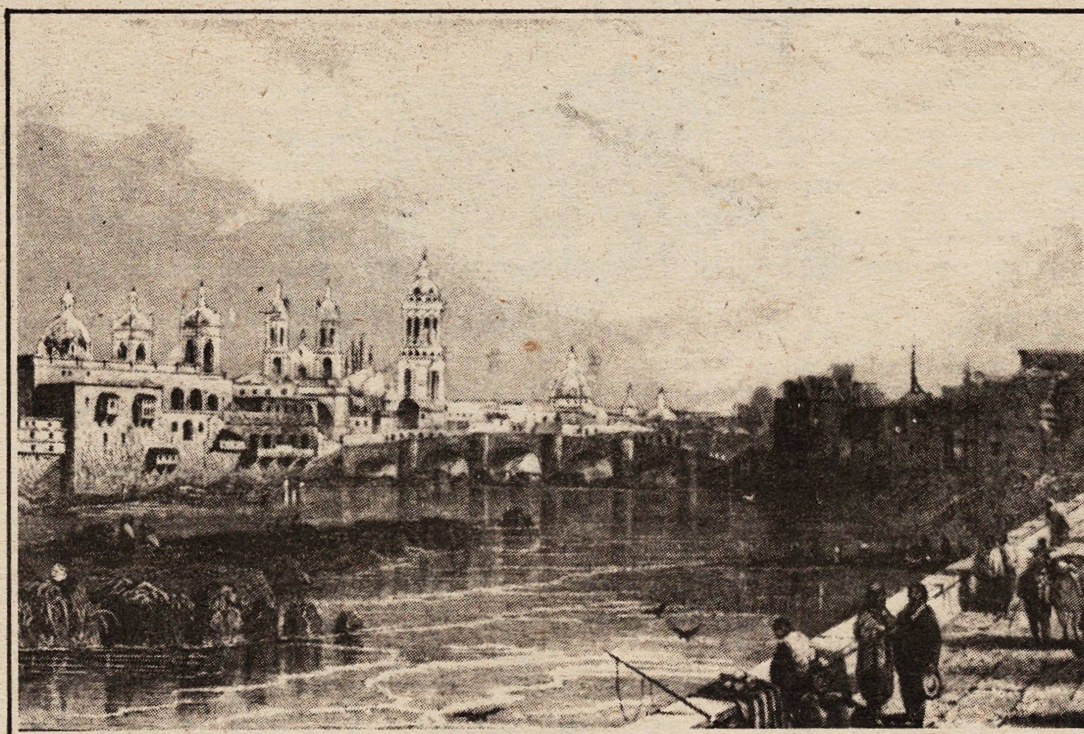


el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka
Lima, 15/1/84 No. 192 Año IV

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
Vicente Della Casa
Diagramación : Lorenzo Osoreo
Fotografía : Beatriz Suárez
Coordinación : María del Carmen Alvarez
Corrección : José Luis Carrillo
Impresión : Editora EL SIGLO S.A.

Al Capone y la "honorable sociedad"
J. V. Sternberg o la realidad de los fantasmas
Borges inédito



Lima, érase una vez. . .

IU: entre la multitud y la incertidumbre



¿Y qué es el partido de Barrantes? Una posibilidad, un camino a ensayar para no doblegarse ante la crisis, una alternativa después de muchas frustraciones. A los pocos días, el 13 de noviembre, esa multitud acabaría obteniendo el triunfo en Lima (340/o de los votos válidos).

Esa victoria tiene antecedentes, aunque relativamente cercanos. En 1931 la izquierda marxista, en ese entonces casi sinónimo del Partido Comunista, lanzó un candidato simbólico a la presidencia: el campesino puneño Quispe Quispe. Ignoramos qué votación pudo obtener, pero no sería mucha, casi sumergidos por la estela aprista. En 1956 el comunismo seguía fuera de la ley, no tenía existencia jurídica. Recién aparece en la escena electoral en 1962, cuando sumando a los comunistas todos los grupos y partidos de izquierda (Socialista, Social Progresista, Frente Nacional de Liberación) apenas alcanzaron 3.50/o de los votos válidos a nivel nacional. Al año siguiente se diluyeron apoyando a la alianza Acción Popular-Democracia Cristiana.

Hasta aquí el izquierdismo peruano era un conglomerado con escasa vigencia electoral y social. Fue entonces que el país comenzó a cambiar. Recuerdo sólo tres acontecimientos, cada uno importante para un sector específico de la población: el sindicalismo agrario y las invasiones de tierras el año 63, el movimiento guerrillero del 65 y la reorganización de la C.G.T.P. en 1967. Después vendría el 3 de octubre de Velasco Alvarado.

Velasco resulta, en efecto, imprescindible para entender a la izquierda pero no sólo por las reformas, sino además por otros dos aspectos aparentemente secundarios en el proceso: la admisión oficial de palabras vedadas como "socialismo", "revolución", "clases sociales" y esa peculiar transferencia —como señala Pablo Macera— del miedo de los abajo a los de arriba. La izquierda, el año 1968, era un conjunto de pequeños grupos enclaustrados, escindidos en múltiples polémicas (feudalismo o capitalismo, oligarquía o burguesía, proletariado o campesinado) y habituados a un lenguaje hermético. Recién saldrá efectiva-

¿De dónde salieron?

IU: entre la multitud y la incertidumbre

Alberto Flores Galindo

¿De dónde salieron? es la pregunta que debieron formularse los militantes que asistieron al mitin de cierre de campaña. Los de siempre terminaron perdidos en medio de esa multitud compacta y heterogénea que se arremolinaba alrededor del local de I.U., en la avenida Grau. Era una multitud que ignoraba los nombres de los grupos políticos, que no hubiera podido distinguir entre un frente y un partido y que menos habría podido dar los nombres de los diez dirigentes más importantes de la izquierda. Para ellos, como escuché decir a un señor, era el partido de Barrantes.



mente a las calles y se encontrará con las masas en la lucha contra el régimen militar. Vino así la experiencia de las huelgas limeñas y las movilizaciones regionales. Nuevamente las provincias se enfrentaban a la capital, desde fuera y desde dentro. Las migraciones masivas habían producido una nueva ciudad.

II

Todos estos cambios pueden seguirse en los resultados electorales. En 1967, con Carlos Malpica, la izquierda consigue en Lima un 150/o de la votación. Gran sorpresa. ¿Una excepción? En 1978, para las elecciones a la constituyente, nuevamente en Lima, este porcentaje asciende a 32.880/o y aunque dos años después tiene un descenso importante (cae a 190/o), a los pocos meses

se acerca a su nivel anterior con 28.260/o de la votación válida en las municipales. Una tercera parte de la ciudad parece inclinarse por la izquierda. A pesar de los porcentajes anotados, los resultados del año pasado no fueron previsibles para la mayoría de los analistas. Así como es un ejercicio útil confrontar los votos anunciados por las encuestas, con las cifras del Jurado Nacional de Elecciones, no está demás recordar muchos pronósticos que se vinieron abajo. Todos aquellos que anunciaban una victoria arrolladora del Apra. Los que suponíamos que la crisis arrastraba a los electores hacia los extremos y dejaba sin público a una izquierda que adquiriría cada vez más adornos socialdemócratas. Recuerdo algún artículo de Luis Pásara pronosticando

un inminente naufragio. Aunque desde otros puntos de partida, a una conclusión similar arribábamos los críticos de las cúpulas partidarias. Pero sucedió todo lo contrario. Sin embargo nadie se ha sentido en la necesidad de rectificarse. De un día a otro, todos los críticos de I.U. optaron por el silencio o de lo contrario, por proclamar desafortunadamente que siempre habían apoyado a I.U. y a su líder.

III

Lo anterior sólo serviría para indicar la mala memoria de los intelectuales o el oportunismo de algunos políticos. Pero más allá de la anécdota, el hecho interesa porque el triunfo de I.U. ha sido visto por algunos como un fenómeno natural que no requeriría de explicación. La revista

de un importante centro de investigaciones, *Que Hacer*, reemplaza cualquier análisis por una colección de fotos de Barrantes, mostrando que el culto a la personalidad puede ser una reacción instintiva en la izquierda, anterior a cualquier ejercicio del poder. No ha faltado alguien que pretende descubrir en sus ternos el nuevo estilo de la izquierda, con lo que la victoria habría que atribuírsela no a las masas, sino al célebre sastre del Dr. Barrantes. Aunque, de otro lado, todas estas reacciones podrían explicarse como sucedáneos de la sorpresa que para muchos significó la votación de noviembre.

En efecto, esa votación no ha transcurrido por los canales de los partidos. Hizo su propio cauce para desembocar en "el partido de Barrantes". ¿Consecuencia, quizá, de esos menospreciados comités de base de I.U.? ¿los célebres carnets a los que muchos no asignábamos credibilidad? En parte pareciera que sí, pero junto con esta vía lo que predomina es un fuerte componente de espontaneidad. Pero la espontaneidad es un ingrediente que casi por definición desagrade a los partidos. Abre posibilidades de decisión para esas masas y en definitiva no se puede saber dónde acabará el barco, si llegará a algún apacible puerto parlamentario o encallará.

Estas masas se han congregado alrededor de un nombre: Barrantes, con lo que aparece en la escena una especie de populismo de izquierda. El caudillo y su carisma desplazan a la organización o a la ideología. Muchos dirigentes de izquierda se han resignado ante esta situación, se han olvidado sus críticas, sus reproches a la dirigencia de I.U. y algunos entienden que el liderazgo ya no pasa ni por las fábricas, ni por las marchas callejeras, ni por la curul parlamentaria, sino por la persona de Barrantes. Se explica así la disputa, tan silenciosa como desesperada, por las fotos. Salir al lado "del hombre" parece que ha sido la consigna para muchos rostros. El arribismo es una práctica demasiado propalada en este país. Le rinden tributo la derecha y la izquierda.

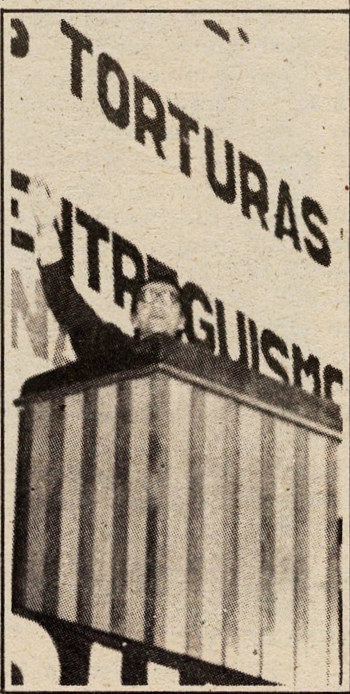
IV

Con todo esto no quie-

ro ser un aguafiestas o sumarme al apagón que cayó sobre la alegría del campo ferial en la avenida de la Marina cuando comenzaba este 10. de enero. Estuve entre los sorprendidos por la victoria de I.U. y como pocas veces me alegró equivocarme, aunque esa equivocación me costase un chifa. Pero luego del entusiasmo hace falta la reflexión. Hasta ahora nadie se ha preguntado seriamente de dónde salieron los votos, qué esperan y qué reclamarán esos votantes. Mirando hacia el futuro hace falta preguntarse hacia dónde vamos. Críticos o no, estamos en el mismo barco. Pareciera que muchos se han resignado a navegar siguiendo el curso de la corriente, es decir, especular con una buena votación el 85 para obtener la mayor cantidad de curules posibles (ya vendrá la disputa por los puestos anunciada apenas en la disputa por las fotos) y resignarse en la segunda vuelta a otorgarle, con votos de izquierda o sin votos de izquierda, la victoria al Apra. Entonces I.U. tendrá que esperar unos cinco años más, dando pruebas de su respeto a las instituciones democráticas, controlando a personajes tan vehementes como Diez Canseco o tranquilizando a Damert. Pasados esos otros cinco años recién podrá tentar el poder. ¿Pero para qué? Esta pregunta se plantearán no en 1990, sino en los próximos meses, cuando se deba optar por los ambulantes o los comerciantes, los dueños de fábricas o los invasores y entonces quizá no sea tan fácil conseguir una ciudad para todos. El inconveniente de los populismos, sean de izquierda o de derecha, es su alto grado de imprevisibilidad. Cabe otra alternativa: los que han subido al barco pueden querer enrumbarlo contra la corriente. El resultado pende de un diálogo difícil: el diálogo entre Barrantes y la multitud. No es claro, en este liderazgo, cuánto se debe a la voluntad personal de Barrantes y cuánto a la influencia de esas masas. El líder puede ser también una invención colectiva. Un ejemplo podría acercarnos a una mejor explicación: ¿en el mitin final, cuánto fue premeditado y cuánto fue espontáneo en el discurso de Barrantes? La medida a que buscaba atenerse el candidato, se desbordaba a ra-



Alfonso Barrantes



tos, en esa y otras ocasiones, con imágenes bíblicas de un evidente sesgo milenarista. Esa idea apocalíptica del tiempo que se ha cumplido parecía rondar su discurso.

Es evidente que durante la campaña electoral Barrantes supo medir la temperatura de una multitud —fue su mayor acierto— que reclamaba, frente al engaño cotidiano de los técnicos y las cifras, la vuelta a un discurso moral. Una cuestión pendiente será saber hasta qué punto este diálogo espontáneo podrá seguir en los próximos meses. El futuro de la izquierda pende. En la incertidumbre del futuro, los dirigentes de izquierda no deberían olvidar que las masas no son incondicionales. Los apoyaron en 1978, pero no en 1980; les dieron sus votos en 1983, pero no se los darán necesariamente en 1985.